puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.

Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama.

Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo.

Finalmente, yo no le trocaría con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldría con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas, y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor.

Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernare. A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa; ¿qué es esto? ¿qué queréis hacer á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo.

—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre de lavatorio que aquí se usa, peor es que de disciplinantes.

Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrijerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal deliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla.

—Hola, señores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas y penantes bucaros: tomen mi consejo, y déjenle porque ni él ni yo sabemos de achaques de burlas. Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—No sino lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto dijere: él es limpio y como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa y dijo:

—De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habéis aprendido ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decís: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la duquesa pidió á Sancho que si no tenía mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandado, y fuése. El duque dió nuevas órdenes como se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

CUENTA pues la historia, que Sancho durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenía de oírle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Ruí Díaz Campeador.

Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría; pero la duquesa fué la que habló primero diciendo:

—Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa; una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en libro de memorias en Sierra-Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar y dijo:

—Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrás seis ó ocho días, que aún no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda.

Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la duquesa:

—De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: "pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros?"

—Por Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, días há que había de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón; y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magiiera tonto, se me entiende aquel refrán de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y azás de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay un estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero: y más calientan cuatro varas de paño de cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia: y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero: y no ocupa más pies de tierra, el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo todos nos ajustemos y encojemos, ó nos hacen ajustar y encojer, mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de